

El Dios

La casa de estudios no impresionaba por sus dimensiones ni por su antigüedad. Eran dos bloques de ladrillo rojo que imitaban, a uno y otro lado de un campo de pasto, la hoigura afrancesada del período de la Reina Ana, y un tercer bloque amarillento, que no imitaba ni intentaba nada, al fondo del prado. Detrás de uno de los Reina Ana apareció un galpón de urgencia con una plancha blanca que decía "Bookshop" y especificaba las horas de atención, y más atrás un segundo desafortunado bloque amarillento, con un bajorrelieve medio mexicano sobre un muro ciego. Nadie supo explicarme qué hacía un bajorrelieve medio mexicano en la Universidad de Hull, y me pareció, porque esa primera vez que lo vi tenía al autor en mente, que podía encubrir una alusión a D. H. Lawrence, hijo predilecto y enemigo a muerte de la región industrial inglesa, buscador, en *La Serpiente Emplumada*, de una vuelta de los antiguos dioses mexicanos para reemplazar a los cansados ídolos modernos. Nadie me supo decir si esta supuesta alusión a Lawrence era intencionada. Pero en ley aristotélica debió haberlo sido, pues el espíritu rebelde y exigente del dios de los ingleses de mi generación nos salía al encuentro a cada momento bajo la forma de Birkins barbudos, severos, intransigentes e iluminados, y de jóvenes Ursulas de botas y cabellos sueltos en cascada, serias y seguras de sí mismas, que llevaban *Sons and Lovers* bajo el brazo, estudiando los orígenes de sus autobiografías imaginarias. Ursula no tenía antecedentes en esa conmovedora novela, pero Miriam, la tragedia misma de la represión sexual, el cuadro vivo de lo que una muchacha no debía ser, era el combate interno de muchas de sus lectoras, perdido al inmolarse el cuerpo en

el sacrificio erótico, y ganado al entregarlo en acto de pasión. Paul la podía amar, sin duda alguna la amaba, pero atarse a ella lo desarraigaba de la comunicación en aquella zona profunda de la experiencia donde nacía la vida verdadera. Paul se leía a sí mismo y se sabía, con los ojos encandilados de felicidad, llamado a crecer hasta transformarse en Birkin. Pero antes de la apoteósica *Women in Love* le caía ese mal momento que era *The Rainbow*, donde el personaje masculino más inolvidable era un antihéroe, el pobre Skrebenski, aniquilado bajo la luna llena por la terrible Ursula naciente. Quién se hubiera sentido demasiado fácilmente Paul, Birkin en ciernes, tenía allí un antídoto contra las ilusiones simples. Skrebenski representaba el fracaso masculino más desesperado. Allí las cartas estaban en la mano de Ursula, la anti-Miriam por excelencia, que buscaba, a riesgo de destruir y destruirse, la autenticidad de su naturaleza. ¿Debía uno dejarse amedrentar por su determinación? ¿Podía uno condenarla por su crueldad? La alta temperatura de la novela se generaba en la relación entre ambos, ese desollamiento desplazado, inevitable en el choque entre un hombre que no era exactamente un soldado ni era exactamente nada y una mujer que no sabía exactamente lo que era, pero sabía exactamente que podría descubrirlo en su relación con un hombre. Aguardaban a Birkin ese prodigio de honestidad consigo mismo que sabía, pese a su incontrollable afición por la palabra y por la prédica, que la fuerza de un sacerdote se genera en la soledad y el silencio, y al encontrarse Birkin y Ursula, sus individualidades trabajadas deberían pasar por el infierno antes de consumir su unión.

Era una moral de tremendo esfuerzo la que Lawrence les proponía, una moral de creación de la persona, que convertía la tarea de vivir en una lucha heroica. Y Gerald era atractivo y Gudian era atractiva, pero en ellos dos. *Women in Love* enseñaba la caída, y las consecuencias de la caída, en la pereza del espíritu. Las dimensiones posibles de la vida se estrechaban en el libertinaje de aquel aristócrata que rendía culto al poder y aquella menuda escultora que rendía culto a la forma. Si podían ser atractivos, pero al identificarse con ellos —como al identificarse el estudiante graduado, algo mayor y más refinado por los libros y la decepción, con ese magnético Gilbert Osmond del *Portrait of a Lady*, de Henry James— se tenía conciencia de cierta perversión peligrosa; de aquella perversión del propio Lawrence que lo llevó a crear con minucioso amor ese par de blancos demonios, figuras de muerte. Que lo perverso cayera en contexto y no fuera el total. ¿Dónde estaba la barrera? ¿Dónde empezaba el descuido? ¿Dónde comenzaba la atención vigilante resultar enloquecedora?

Los grupos iniciados se reunían en los rincones y el peso de la conciencia alerta los volvía intensos, retraídos, silenciosos. Se paseaban por el prado con un cierto aire conspiratorio, preparando la revolución de la sensibilidad contemporánea de que tanto hablara el maestro en sus cartas y ensayos. Nunca los vi acercarse al bajorrelieve medio mexicano, que tal vez nunca tuvo nada que ver con D. H. Lawrence.

En cualquier caso, Lawrence no lo habría celebrado; era un nuevo apéndice en un bloque de concreto amarillento, que junto a otro bloque similar y a un galpón de urgencia se agregaban a un par de imitaciones de la Reina Ana.

Lawrence nunca propuso su propia arquitectura, pero uno siente, "en las vísceras", como él decía, que una arquitectura inspirada en su espíritu habría sido imaginativa y cálida. Jamás una agrupación obscura por lo burda y superficial, de la que nada completo, en términos de formación humana, podía resultar.